

## NUEVAS MUJERES, NUEVAS FAMILIAS

Catalina Wainerman

### ¿QUE LEIMOS, QUE LEEREMOS?

Cuando mi madre y mi padre fueron a la escuela primaria, a comienzos del siglo, los libros de lectura que leían les decían que las mujeres y los varones habían nacido diferentes y era por eso que, al llegar a grandes, ocupaban lugares bien diferentes en la sociedad. Les decían que la naturaleza y la biología, hacían de ellas criaturas débiles, frágiles, gráciles, suaves, dulces, cariñosas, de buen corazón, pasivas y temerosas. En cambio, de ellos, hacían seres fuertes, rudos, inquietos, activos, intrépidos, inteligentes, reflexivos y arriesgados. También les decían que porque la naturaleza los había dotado con esas características, ellas estaban destinadas a servir y a valorizarse a través de los demás, ellos a conducir, ellas a reinar en el ámbito privado, ellos en el público.

En esas lecturas, las nenas jugaban "a la mamá" y los nenes "a los oficios". Cuando iban de picnic, ellas preparaban una rica ensalada mientras ellos juntaban ramas para hacer fuego, ellas acunaban a sus muñecas y ellos fabricaban barriletes, ellas conversaban sentaditas en el pasto mientras ellos jugaban a la pelota. Así, jugando, jugando, llegaban a grandes. Y cuando grandes, se casaban. Entonces, ellas se quedaban felices en la casa cocinando, lavando, planchando, remendando la ropa, esperando el regreso de ellos que habían salido igualmente felices a trabajar en busca del sustento para su familia. Las que se quedaban en casa tenían suerte, y por suerte eran las más. Pocas eran las que además de atender la casa y cuidar de los hijos salían a trabajar. Se trataba de mujeres pobres a las que el destino había convertido en viudas desamparadas con hijos pequeños, o en el único sostén de sus ancianos padres. Ellas no salían contentas. Con sus manos amoratadas por el frío, lavaban y planchaban para afuera y el alba las encontraba con los ojos enrojecidos de coser a la luz mortecina de una vela, inclinadas sobre la costura que habían de entregar por la mañana. El trabajo era para ellos un derecho y un

deber, una fuente de satisfacción. Para ellas era la dolorosa respuesta a la extrema necesidad.

Para ellas "ser mujer" coincidía, casi sin dejar residuo alguno, con "ser madre". Para ellos, "ser varón" no se agotaba en "ser padre". Ellos podían servir a la sociedad desde la humildad del cartero, el bombero, el barrendero, o desde la grandeza del ministro, el presidente o el general de la Nación. Ellas, además de coser, bordar, limpiar o planchar para afuera por una remuneración, sólo podían aspirar a ser maestras, es decir, "segunda mamá", en el "segundo hogar" que se decía era la escuela para los niños y las niñas.

Quienes habían entrado en las páginas de la historia grande, lo habían hecho como esposas, madres, hermanas o hijas de los hombres que protagonizaron las gestas heroicas de la patria. Eran las "patricias mendocinas" que se habían despojado de sus joyas y, empuñando la aguja día y noche sin cesar, bordaron el pabellón que cruzó los Andes con San Martín. O eran quienes curaron y atendieron a los heridos en las guerras de la independencia. Se trataba de una Remedios de Escalada de San Martín, una Paula Albarracín de Sarmiento, mujeres que mostraron con su ejemplo que "detrás de todo gran hombre hay una gran mujer".

La Argentina de principios de siglo era un país que se urbanizaba aceleradamente, con una economía que se complejizaba y diversificaba. Pero las mujeres participaban poco del proceso de modernización, privilegio exclusivo de los hombres. También de ellos eran las oportunidades educacionales; el analfabetismo plagaba a la mitad de las mujeres, muchas más que a los varones. El tamaño promedio de las familias, aunque en disminución, era grande, poco más de cinco miembros. Las pocas mujeres integradas a la fuerza de trabajo (21 por ciento de todos los trabajadores) se concentraban en una media docena de actividades muy próximas a las domésticas. Eran sirvientas, cocineras, lavanderas, planchadoras, costureras, modistas y tejedoras; muy pocas, maestras y profesoras, y pocas también las obreras de fábricas y talleres.

En ese momento se sancionaron las primeras leyes laborales, para varones y para mujeres. Desde entonces, y hasta 1974, el derecho laboral trató a las mujeres junto con los menores puesto que ambos eran considerados seres débiles. La actividad laboral era considerada inapropiada para ambos, salvo en casos de extrema necesidad, y entonces era considerada merecedora de una protección especial. Era una protección eugenésica, porque protegía a las mujeres en su condición reproductora. Consideraba que la actividad laboral en ellas competía con el ejercicio de la maternidad, el mantenimiento y preservación de la unidad familiar y la calidad de la fuerza de trabajo futura.

Para el derecho de familia, por otra parte, la distribución de los roles dentro de la familia seguía criterios biológicos. El marido, único capaz de hecho y de derecho, era el responsable del sostén económico del hogar. La esposa, incapaz de hecho relativo, era la responsable de la procreación, la crianza de los hijos y el funcionamiento del hogar. Tal concepción no era independiente de la que sustentaba el derecho civil. Hasta la sanción de la ley 11.357 en 1926, la mujer, aunque mayor de edad, al contraer matrimonio sufría inmediatamente una disminución de su capacidad civil: casada era incapaz de hecho relativo y estaba bajo la representación necesaria de su marido.

Llegó el momento en que a mí me tocó ir a la escuela. Eran los cincuenta. La llegada del peronismo al poder vino acompañada por profundas transformaciones político-sociales. El peronismo incentivó las aspiraciones a mejorar de los más desposeídos y, marcó la etapa del surgimiento de la clase obrera. El régimen de jubilación se extendió a todos los obreros industriales, se implantaron el aguinaldo obligatorio, las vacaciones pagas, la indemnización por despido, los horarios de trabajo más cortos, se aumentaron los beneficios del retiro y la salud, se construyeron viviendas baratas, se facilitó la compra de bicicletas, radios, heladeras, que producía la industria nacional.

Los cambios en la condición de las mujeres se aceleraron. La educación se extendió entre ellas al punto que, por primera vez en

la historia argentina, el analfabetismo femenino dejó de superar al masculino. Siguió disminuyendo el número de hijos tenidos por las mujeres y, consecuentemente, cayó el tamaño promedio de la familia a casi cuatro miembros. Al mismo tiempo se multiplicó el número de niños cuya crianza fue compartida entre la familia y el jardín de infantes. Las mujeres adquirieron derechos políticos en 1947, treinta y cinco años después que los hombres. La creación de la rama femenina del partido peronista les amplió ese poder. Las elecciones de 1951, las primeras en las que pudieron votar, lo reafirmó y, finalmente, se consolidó cuando ocuparon bancas en las Cámaras de Diputados y Senadores. La figura de Evita compartiendo el liderazgo con Perón terminó consagrando el papel de las mujeres en el mundo público de la política. Nunca antes en el país, y pocas veces en el mundo, una mujer había alcanzado tanto poder.

A pesar de estos cambios, en el derecho laboral las mujeres siguieron sin equipararse con los hombres. El trabajo, valorado como una actividad propia del hombre, seguía siendo desalentado para la mujer. Entretanto, su presencia entre la población trabajadora había disminuído antes que aumentar. Llegó a representar sólo el 20 por ciento de todos los trabajadores, el punto más bajo en los cien años transcurridos desde mediados del siglo XIX. Del millón y cuarto de mujeres trabajadoras que registraba el censo de 1947, la mayoría seguía estando ocupada en el servicio doméstico. Pero ahora eran más las que trabajaban en actividades de mayor significación para el desarrollo económico. Eran las que demandaban cierto nivel de calificación. Así, llegaron a ser el 25 por ciento del personal de la administración pública, servicios sociales y comunales, y el 32 por ciento del ocupado en las profesiones liberales.

No obstante las transformaciones ocurridas, en la escuela los libros de lectura nos seguían transmitiendo las mismas imágenes de las mujeres que a mis padres: seres débiles por naturaleza, necesitadas de protección. Nos decían que sus roles centrales eran los de hija, esposa y madre. Que sus actividades más habituales, las desarrollaban

en el mundo privado y ligadas a la reproducción de las futuras generaciones -cocinar, limpiar la casa, ir de compras, tejer, bordar, coser-. En contraste, se esperaba de los varones que asumieran la protección del "sexo debil" gracias a su natural fuerza, seguridad y voluntad. Ellos eran plenamente responsables de las actividades vinculadas a la producción, en el mundo público. Como padres, su deber era proveer el sustento económico del hogar. Cuando se encontraban en familia, disfrutando de momentos de ocio, la imagen era reiterativa. En la sala, la madre cosía o bordaba, el padre leía el diario sentado en un cómodo sillón, la hijita jugaba "a la mamá", barriendo con una escobita de juguete o acunando a su muñeca, y el hijito, absorto, armaba con cubos ingeniosas construcciones. Cada cual conocía claramente sus deberes, estos eran diferentes y no se mezclaban.

Además de los que seguían vigentes desde antes, en esos años se publicaron unos pocos libros "peronistas". En ellos, "mi mamá me ama" había sido reemplazada por "yo amo a Evita". Estos libros destacaban la capacidad de las mujeres para desempeñarse en el ámbito público, como trabajadoras o como ciudadanas. Pero lo cierto es que, en cuanto ciudadanas, lo verdaderamente valorado era su participación en la acción social antes que en la militancia política. El modelo fue Eva Perón, que en los libros aparecía como hada de los niños, consuelo de los humildes, defensora de los obreros, jefa espiritual de la Nación.

En unos y otros libros, las madres seguían ocupadas en las rutinarias tareas domésticas, y los padres, haciendo gala de iniciativa, creatividad y sabiduría, encontrando soluciones rápidas a los problemas que surgían en el hogar. Si se rompía un artefacto, ellos lo arreglaban, si hacía falta una biblioteca, ellos la construían. Claro que también eran quienes tomaban las decisiones: comprar un televisor, una heladera, o dónde pasar las vacaciones. Ellos alimentaban el intelecto de sus hijos en conversaciones sobre la naturaleza, geografía, historia, industria, etcétera. Ellas, movidas por un incondicional y profundo amor a los suyos, vivían en un mundo que comenzaba y terminaba dentro de los límites del hogar.

La semejanza entre lo que leyeron mi madre y mi padre y lo que leí yo en los textos escolares cuarenta años después, en parte se debe a que las ideas y los contenidos culturales se modifican mucho más lentamente, a veces décadas más tarde, que los comportamientos. Hay otras razones de la inmutabilidad de los libros, pero no voy a comentarlas en esta ocasión porque me llevaría muy lejos.

Para cuando mis nietos vayan a la escuela, lo que ocurrirá entre la primera y la segunda década del 2000, leerán libros que, como algunos de los publicados en los últimos tres o cuatro años, les mostrarán un mundo bien diferente. Por empezar, no encontrarán un modelo único, ni posiblemente modelo alguno, de lo que son, o deben ser, las mujeres y los varones. No aprenderán más que unas y otros tienen cualidades y capacidades diferentes por naturaleza, porque "así nacieron". Ni ellas serán inalterablemente suaves, dulces y delicadas, ni ellos atrevidos, fuertes e ingeniosos. Posiblemente como algunos de los textos que hoy están en la vanguardia, los que se lean en los años venideros reflexionarán acerca de la discriminación a que han estado sometidas las mujeres. Como en uno publicado en 1994, en el que las y los escolares de hoy se encuentran con una lectura titulada "No somos descartables". Allí aprenden que durante muchísimos años se pensó que las mujeres no podían ser médicas, abogadas, periodistas o fotógrafas, en fin, que no servían para las mismas cosas que los varones. Pero ahora, habiendo demostrado que son capaces para cualquier trabajo, hay que concluir que no es verdad que los seres humanos seamos descartables.

Puede ser que ya desde la entrada a la escuela, en primer grado, descubran que no es bueno sobrevalorar la belleza por sobre la inteligencia. Que las mujeres deben bregar por obtener espacios igualitarios con los hombres, que deben rebelarse contra el sojuzgamiento al que estuvieron sometidas por años y años. Eso transmite la historia de "Uxen, la jirafita rebelde", de uno de los libros de reciente aparición. La relatora cuenta que, en tiempos muy lejanos, las jirafas no tenían manchas, como ahora, sino una piel

sedosa y lisa. Quienes sí las tenían eran los jirafos. En verdad, ambos nacían lisos por igual, pero las mamás jirafas ni estaban al sol ni dejaban a sus hijas pasear al sol. Ellas debían recluirse siempre en lugares sombreados, aún en el frío invierno. Ellos, en cambio, podían andar por donde quisieran y, por supuesto, por el sol, sobre todo en el invierno. Claro que su piel estaba cubierta de manchas marrones. Un día nació una jirafita muy hermosa llamada Uxen. Cuando llegó el invierno, temblaba y daba saltitos para entrar en calor hasta que un día, tiritando de frío, se escapó adonde había sol, junto a sus hermanos, desobedeciendo a sus padres. La mamá corrió a rescatarla del sol. Pero entonces también sintió su calorcito, ya pesar del enojo del marido, ya ninguna de las dos se movió. Las demás jirafas se acercaron poco a poco para ver qué ocurría, y les sucedió lo mismo. Se quedaron al sol y ya no regresaron nunca más.

Si mis nietos leen el cuento de Uxen, la jirafita rebelde, aprenderán que en tiempos pasados los miembros de la especie jirafa no tenían las mismas oportunidades. Si nacían hembras, eran apreciadas por su apariencia física. Debían ser bellas, aun a costa de su bienestar, de su satisfacción y de su realización personal. Si nacían machos, nada de eso les pasaba. Podían moverse libremente de aquí para allá, sin recluirse en un espacio limitado, como ellas. También aprenderán que la solidaridad entre las mujeres hasta puede llegar a superar barreras generacionales. Que son los jóvenes los que encabezan las rebeliones contra las tradiciones que no respetan sus necesidades y que, al hacerlo, pueden ayudar a los mayores a gozar de nuevas posibilidades de satisfacción personal.

Como en los libros de lectura pioneros de hoy, seguramente en los del futuro más próximo las madres seguirán lavando los platos, cuidando de sus hijos cuando estén enfermos, ayudándolos con los deberes escolares, cocinando, haciendo las compras. Pero también manejarán autos, harán deportes, viajarán en avión y saldrán a trabajar. Saldrá la mayoría de las madres, aunque tengan hijos pequeños. Muchas de las que lo hagan encontrarán en su trabajo ocasiones para su realización personal, no sólo una respuesta a la

viudez o a la desocupación de sus cónyuges. Y estarán ocupadas en una mayor variedad de actividades, no sólo en el servicio doméstico, la docencia, la enfermería, como ahora. Y no sólo en los escalones más bajos de la escala ocupacional, sino también en cargos de conducción, planeamiento y dirección. Pero en la casa no se habrá producido una redistribución radical de las tareas entre marido y mujer. Aun cuando ellas cumplan una larga "doble jornada", familiar y laboral, muchos de ellos compartirán la paternidad pero pocos la domesticidad. Serán muchos los que irán a las reuniones escolares, les contarán cuentos a sus hijos antes de dormir, los llevarán de paseo, los retarán porque hicieron una travesura, pero no serán tantos los que cocinarán, lavarán los platos, plancharán la ropa o limpiarán la casa. Eso sí, seguirán siendo los plomeros y electricistas caseros, los que cambien los cueritos de las canillas y arreglen el enchufe de la plancha y, si tienen automóvil, los que lo lleven a cambiar el aceite o el líquido de frenos.

Tanto como han cambiado los roles de las madres que salieron a trabajar, así habrá cambiado la estructura familiar que describan las lecturas del futuro, a juzgar por los libros actuales. Verdad es que en estos el modelo de familia nuclear -formado por mamá, papá y los hijos- sigue siendo el más popular. También lo era en los libros que se publicaron en los ochenta, setenta, sesenta y más atrás. Pero, a diferencia de entonces, ya no es más el único. En los libros de vanguardia que circulan hoy, las y los niños aprenden que hay familias monoparentales, en las que conviven un sólo progenitor, casi siempre la madre, con sus hijos. Que hay familias ensambladas o reconstituídas, formadas por hijos de una unión anterior de alguno o de ambos de los cónyuges convivientes. Que hay familias formadas por abuelos y nietos, sin progenitores conviviendo; que hay familias con hijos adoptados, etcétera.

Algunos de estos libros son muy explícitos. Dicen a las niñas y los niños que cada familia es diferente de las demás, que no hay una familia igual a otra; que las hay chiquitas y grandes; que algunas viven en casas separadas y otras en una sola; que hay familias con



papá y mamá y otras en las que sólo hay uno u otra; que algunas tienen hijos y otras no; que muchas parejas están juntas toda la vida y otras no porque se muere uno de los dos o porque se separan, que a veces se vuelven a casar, que la nueva esposa del papá o el nuevo esposo de la mamá también forman parte de la familia; que además del nombre el bebé tiene un apellido, el de su familia, y que este puede ser el del papá, el de la mamá, o el de los dos. En fin, que hay diversos modos de vivir en familia, que no hay uno que sea el mejor. Estos libros transmiten, también, que lo que hace de un grupo humano una familia no es la residencia en común, sino que sus miembros encuentren allí cariño y protección.

En fin, la distancia que habrá entre las mujeres que describan los libros que leerán mis nietos y las de los que yo leí en la escuela, será gigantesca. Mis nietos se encontrarán con seres con iniciativa, que compartirán con los varones la racionalidad, la inteligencia y el coraje. Ya no más con hadas buenas, incansables, todopoderosas, comprensivas más allá de todo límite, que se realizan lavando platos y limpiando la casa. Serán seres abiertos al mundo, claro que a costa de muchas más exigencias personales, muchas más responsabilidades y mucho cansancio. Ellas habrán asumido muchas más tareas "masculinas" que ellos "femeninas".

Pero los actores de estos libros de lectura que habrán cambiado más serán los niños. Ellos compartirán los juguetes, los deportes y también las tareas domésticas. Unas y otros patinarán, se treparán a los árboles, jugarán con los juguetes electrónicos, saldrán de campamento, dibujarán una nave espacial en la computadora, mirarán televisión, lamentablemente mucha. Y también unas y otras cocinarán, lavarán los platos, tenderán la ropa, harán las camas, pondrán y sacarán de la mesa. Y, al hacerlo, anticiparán una vida adulta en la que, probablemente para mediados del próximo siglo, las oportunidades para ambos serán más similares en lo privado de la domesticidad y de la maternidad/paternidad, y en lo público de la vida en sociedad. Ambos serán seres de doble jornada. Para entonces,

ser mujer y ser varón, no significará más tener capacidades diferentes (y de diferente jerarquía) por naturaleza. Para entonces significará haber nacido con un equipo biológico diferente, ni peor ni mejor, pero con iguales capacidades de realización personal en el camino del sentir, del pensar y del hacer.

¿Qué ha pasado para que se hayan dado estos cambios? Los que hoy se ven en los libros de lectura son profundas transformaciones que se vienen gestando en la Argentina y en el mundo desde los años sesenta. En el mundo desarrollado, esos años marcaron un punto de inflexión en el camino del crecimiento económico, de la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo, de la marcha del movimiento feminista y de la relación (separación) entre sexualidad y procreación, a partir de la introducción de la píldora. Estos movimientos se dieron en un clima de valores que entronizó el individualismo y la autonomía y, por sobre todo, la realización personal. Se consagró entonces el derecho a ser íntegramente uno mismo, a desarrollar al máximo las propias capacidades, afirmando las diferencias, respetando los deberes para consigo mismo antes que para la colectividad y las tradiciones. En este clima de ideas, la psicología ha predominado por sobre la ideología, la diversidad sobre la homogeneidad, lo permitido sobre lo coercitivo, la felicidad sobre la obligación y el sentimiento sobre el deber.

Durante los setenta y los ochenta se celebró la cara positiva del individualismo: la oportunidad de cada cual de emanciparse de coacciones externas. El movimiento de liberación de las mujeres fue una de las consecuencias. La lucha de los jóvenes por la independencia de sus progenitores fue otra. El amor romántico, en el que la atracción sexual y los afectos prevalecen sobre las conveniencias familiares en la elección de las parejas maritales, también fue una consecuencia. La sexualidad "plástica", como llama Giddens a la separada de las consecuencias reproductivas, fue otra. Pero llegados a los ochenta, la cara negativa del individualismo se asomó. Lo hizo bajo la forma del sentimiento de inseguridad y de incertidumbre que acompaña

a la profunda crisis económica que afecta al mundo occidental desde mediados de los setenta. Una inseguridad que desatan la desocupación, la flexibilidad laboral y los millones de excluidos. La azuza, además, la desaparición de las redes de contención que antes proporcionaba el Estado benefactor, las empresass y los organismos intermedios como los sindicatos. La dependencia del pasado tenía como contrapartida la existencia de solidaridades y sostenes que hoy se han perdido en gran medida. Los vínculos sociales se han hecho más flexibles, más precarios y más frágiles. Así en el trabajo como en la familia. La "desfiliación", como dice Castels, se ha instalado. Cada vez más estamos obligados a hacernos cargo de nosotros mismos.

En la Argentina, los cambios que ocurrieron en las últimas tres décadas también han sido gigantescos. Ellos marcarán el rumbo a la entrada en el siglo veintiuno. De todos los múltiples aspectos que merecen considerarse, aquí voy a tomar sólo los cambios en las relaciones de las mujeres con el mundo del trabajo y sus consecuencias para las formas de vivir en familia.

#### LA EDUCACION Y LAS RELACIONES FAMILIARES

En ese período aumentó la esperanza de vida de la población y la proporción de los mayores de 65 y, sobre todo, de 75 años de edad. Al mismo tiempo se expandió la educación, más entre las mujeres que entre los varones. Simultáneamente, disminuyeron la natalidad y los matrimonios, pero aumentaron la edad para casarse, las uniones consensuales, los divorcios y separaciones y los recasamientos. También el número de personas que viven solas, sobre todo mujeres mayores y varones jóvenes. Y, por otro lado, se multiplicaron las familias ensambladas ("los míos, los tuyos y los nuestros"), las monoparentales de madres con hijos, también las de padres con hijos ("Kramer versus Kramer"), las "cama afuera", las de mujeres que ocupan la jefatura económica del hogar dejada vacante por cónyuges desocupados, etcétera. El motor de la mayor parte de estos cambios, fue la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo, cuyo

crecimiento acompañó el de la desocupación masculina.

Sólo unas cifras para dar una medida de estos cambios. En 1960-65, la esperanza de vida alcanzaba a 62,5 años para los varones y a 68,6 para las mujeres; treinta años más tarde, en 1990-95, se había extendido a 68,1 y a 74,8 años de edad para unos y otras respectivamente. Hacia 1980, el 90 por ciento de varones y de mujeres de entre 6 y 12 años de edad estaba matriculada en la escuela primaria. Entre 1960 y 1980, los jóvenes de entre 13 y 17 años cursando la escuela secundaria habían aumentado, pero más las mujeres que los varones. Las primeras pasaron del 25 al 44 por ciento, mientras los segundos lo hicieron del 24 al 39 por ciento. Algo similar ocurrió en el nivel superior, entre los jóvenes de 18 a 24 años de edad. Las mujeres, que sólo alcanzaban al 3 por ciento en 1960, más que se triplicaron (10 por ciento) hacia 1980. Los varones sólo aumentaron del 6 al 9 por ciento, un 50 por ciento.

La incorporación de las mujeres a los niveles más altos de la educación constituye un fenómeno explosivo de las últimas décadas. En la Universidad de Buenos Aires, la más numerosa del país, las mujeres pasaron de ser un tercio (34 por ciento) de la matrícula estudiantil en 1968 a convertirse en la mitad (51 por ciento) en 1988. La feminización de la matrícula ocurrió mediante un avance lento pero continuo sobre carreras que en el pasado eran privativas de los varones. Es decir, no sólo fueron más las mujeres que buscaron alcanzar los niveles más altos de educación sino que, además, buscaron hacerlo en ámbitos que tradicionalmente han sido "de varones". Esto significa un cambio de mentalidad. Además, revela hasta qué punto muchas de las diferencias atribuidas como naturales a ambos sexos son en verdad de orden cultural y tienen que ver con los modos como se educa a los niños y a las niñas. Donde la feminización fue mayor es en la carrera que siempre atrajo a varones, no a mujeres, seguramente por su corte tecnológico: ingeniería. A partir de la apertura de ingeniería de sistemas, las mujeres se quintuplicaron, desde un insignificante 4 por ciento que eran en 1968 a un 21 por ciento en 1988. Algo similar ocurrió en Veterinaria (crecimiento de 156 por ciento), Agronomía

(114 por ciento), Medicina (64 por ciento), Ciencias Económicas (63 por ciento), entre otras.

La expansión de la educación superior entre las mujeres tiene una importancia que va más allá de marcar un camino hacia la igualdad de las oportunidades con los varones. Entre las mujeres con mayor educación son más las que permanecen solteras, cuando se casan o unen, son más las que lo hacen más tarde, más las que postergan la maternidad, sea porque no tienen hijos o porque los tienen en menor número y más tardíamente en sus vidas. También son las que tienen mayor disposición a ingresar al mercado de trabajo, y por más años.

La Argentina fue uno de los últimos países de Occidente en reconocer el divorcio vincular. Cuando la ley 23.515 lo hizo, en 1987, estableció además la igualdad de derechos para ambos cónyuges y eliminó las prerrogativas fundadas en la jefatura del hogar del marido. También eliminó la antigua obligación de la mujer de convertirse en "señora de" al casarse, adicionando al suyo el apellido de su marido. Por otra parte, estableció que la elección del domicilio fuera decidida en forma conjunta y no sólo por el marido.

Como en tantas otras cuestiones, el mundo social había desbordado al mundo legal y las separaciones y divorcios eran moneda corriente en el país desde mucho antes de la sanción de la ley. Tanto fue así que entre 1960 y 1980 en todo el país se triplicaron de 0,6 a 2,1 por ciento. También lo hicieron en la Capital Federal -de 1 a 3 por ciento- en esos veinte años, menos sin embargo que en otras áreas donde se cuadruplicaron y hasta quintuplicaron. Eso ocurrió a lo largo de todo el país, desde La Rioja, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, hasta Neuquén, Río Negro y Santa Cruz. Lo que es llamativo es que la ruptura matrimonial también se propagó entre las mujeres y hombres de edad media y más, tanto entre los sectores sociales más bajos como entre los más altos. Las cifras son claras. En la Capital Federal, entre 1980 y 1989, las separadas casi se duplicaron entre las mujeres de 40 a 60 años de edad (de 5 o 6 por ciento a 9 o 10 por ciento), pero casi se triplicaron entre las de 60 y aún más años de edad. El matrimonio "hasta que la muerte nos separe" está dejando de ser un valor, aún

para las mujeres que formaron sus parejas cuando era indiscutible. El aprecio por la individuación, la autonomía, el ser uno mismo, la realización personal, alcanzó también a las generaciones de las "abuelas" y los "abuelos".

En la misma época más gente optó por las uniones de hecho en lugar del matrimonio legal. En todo el país, entre la población de 14 y más años de edad, los unidos aumentaron de 4 a 7 por ciento desde 1960 hasta 1980. Esta pauta, que antes era común entre los sectores sociales de menores ingresos, fue adoptado por parejas de sectores medios. Con la disminución de los matrimonios, hubo un aumento de los hijos extramaritales, nacidos de uniones de hecho y de madres solteras. Entre 1984 y 1990 crecieron de 31 a 36 por ciento en todo el país. En la Capital Federal, que va a la vanguardia de los cambios, en la actualidad 4 de cada 10 bebés que nacen son hijos de uniones consensuales o de madres solteras.

La disminución de los matrimonios y el aumento de las separaciones y divorcios no es, sin embargo, indicio de que la familia está desapareciendo. Las relaciones conyugales subsisten, pero cada vez más sobre la base de uniones menos formales, más flexibles y menos estables. La gente sigue viviendo en familia, y también en pareja, pero ya no más con una sola y la misma de por vida.

En suma, en las últimas décadas menos gente contrajo matrimonio y más eligió unirse sin pasar por el Registro Civil. Hay más gente sin pareja, pero debido a la ruptura conyugal antes que a la viudez y a la soltería. Los afectados por más cambios en sus formas de vivir en familia fueron los sectores sociales más favorecidos. Dejaron el matrimonio legal exclusivo por la separación y el divorcio, en primer lugar, y por la convivencia consensual en segundo lugar. También hicieron grandes cambios las mujeres de edades medianas y maduras, de los sectores más y de los menos favorecidos, que hicieron de la separación y del divorcio un hecho más cotidiano.

Las mujeres argentinas están recorriendo, con una a dos décadas de retraso, el camino seguido por nuestras congéneres de norteamericana, canadienses, francesas o suecas.

También la familia argentina está transitando a pasos acelerados el camino que ya han recorrido esas otras sociedades de mayor desarrollo. Disminución del número de miembros; aumento de uniones consensuales; postergación de la edad para casarse; pérdida de popularidad del casamiento civil, ni que hablar del religioso; y reemplazo por uniones de hecho, sin papeles, sobre la base del amor "confluyente" (Giddens), contingente, con igualdad de los cónyuges en el dar y recibir amor y placer sexual; de bodas de novias embarazadas; de hijos extramatrimoniales; de separaciones y divorcios; de parejas que eligieron no tener hijos; mujeres solteras que, en cambio, eligieron tenerlos y criarlos solas; de hogares formados por parejas homosexuales o por parejas heterosexuales que adoptaron uno o dos hijos; de familias formadas por una madre y sus hijos, sin padre conviviente; de otras formadas por padres separados, que comparten la tenencia de sus hijos y conviven con ellos en sus respectivos domicilios la mitad de la semana; de hogares formados (muchos menos) por un padre y sus hijos; de hogares "ensamblados" o "reconstituídos", de hogares encabezados por mujeres que son las principales proveedoras económicas; de familias con hijos engendrados por fecundación asistida por una probeta en lugar de una cigüeña que no se sabe si lo son de quién donó los óvulos, quién llevó el embarazo o quién los cuida y educa.

#### LA DOBLE JORNADA

Los cambios que reseñé están anudados a la situación laboral de las mujeres. En el mundo moderno el trabajo es un eje principal de la construcción de la identidad, la autoestima y la valoración social de varones y mujeres. Pero para ellas está impregnado de significados adicionales, por ejemplo, alcanzar la autonomía económica del marido. Para ellos no es una alternativa, forma parte de su misma existencia.

Desde los cincuenta y durante tres décadas, la Argentina, como el resto de América Latina, fue testigo de un crecimiento sostenido

de su economía con sólo algunas fluctuaciones. A partir de los ochenta, esa dinámica disminuyó de manera drástica para llevar a la Argentina a vivir la crisis económica más profunda desde la del treinta. La política económica que puso en práctica el proceso militar a partir de marzo de 1976, persiguió la eficiencia y la modernización de la estructura productiva. Paradójicamente, al hacerlo, trajo aparejado un endeudamiento externo sin precedentes, disminución del ritmo de crecimiento del empleo y de los salarios reales, incremento de los precios y de la inflación, des-industrialización y terciarización de la producción y el empleo, crecimiento significativo de la desocupación, de la subutilización de recursos y de la informalidad y la pobreza. El impacto fue diverso para las mujeres y para los varones.

Desde la segunda postguerra hasta los sesenta y más aceleradamente después de los setenta, las mujeres habían aumentado su participación en la fuerza de trabajo. Este movimiento de la casa al trabajo iba contra la corriente de una fuerza de trabajo global decreciente, ya que los jóvenes, que prolongaron su escolaridad, retrasaron su ingreso al mundo del trabajo mientras los mayores adelantaron su salida en pos de la jubilación y el retiro. A estos grupos se les añadieron, desde mediados de los setenta, y más desde los ochenta, los varones jefes de hogar que redujeron su participación laboral por efecto de la crisis.

Las mujeres que más entraron al mercado de trabajo entre 1970 y 1980 fueron las que tenían entre 25 y 55 años de edad, cuya participación pasó de 29 a 33 por ciento. Entre ellas, más aún las de 35 a 44 años, que pasaron de 28 a 34 por ciento. Se trata fundamentalmente de mujeres casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe del hogar y relativamente más educadas, de los sectores medios y altos de la sociedad. No sólo más mujeres concurren al mercado laboral, también permanecieron en él por más años y más entre ellas reingresaron a trabajar a partir de los 30 a 40 años. Estas tendencias fueron más marcadas entre las casadas y las separadas y divorciadas. En suma, aparece así una tendencia a una participación más estable



a lo largo de la vida, semejante a la de las mujeres de los países desarrollados. Entretanto, los varones disminuían su participación desde el 89 por ciento que habían alcanzado en los cincuenta, al 85, 80 y 75 por ciento adonde cayeron en 1960, 1970 y 1980.

La expansión de la educación, y la equiparación con los varones, motorizó el incremento de la oferta laboral de las mujeres. La postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia hicieron lo suyo en igual sentido.

Pero la crecida participación económica de las mujeres en la década del ochenta no se puede interpretar simple y llanamente como señal de modernización, desarrollo o crecimiento, como se entendía en los setenta. Entonces, las esperanzas del cambio de la condición de las mujeres se cifraban en su incorporación al mercado de trabajo. Ahora, en un país empobrecido, con un Estado achicado que proveía menos servicios sociales, las mujeres salieron a reemplazar los salarios deteriorados de los cónyuges, y/o a mantener el nivel de consumo familiar. Lo que buscaban era frenar la caída cuesta abajo. Estos movimientos produjeron la "feminización" de la fuerza de trabajo. Pero en muchas zonas del país, las mujeres que salieron a trabajar terminaron engrosando las filas de un ejército de desocupados y de subocupados, en una economía incapaz de crear suficientes puestos de trabajo. Así, las mujeres pagaron el costo del ajuste. Y lo han hecho en un mercado de trabajo estragado por la desocupación, la precarización, la flexibilización y la explotación al que, por otra parte, un creciente ejército de excluidos y excluidas pugnan por entrar.

Entre 1980 y 1989, en el área metropolitana de Buenos Aires, igual que en otras zonas del país, el porcentaje de trabajadoras entre las mujeres de 14 y más años de edad, creció del 32 al 37 por ciento. Como la de los varones se mantuvo en 74 por ciento, se acentuó el proceso de feminización ya iniciado en las décadas anteriores. Igual que entonces, en esta década las mujeres que más mano de obra aportaron fueron las de edad media (30 a 60 años), que crecieron de 36 a 48 por ciento, y las cónyuges, de 24 al 34 por ciento. Las que encontraron

empleo, lo hicieron en el sector terciario, prestando servicios. La desindustrialización alcanzó mayor envergadura entre las mujeres que entre los varones. Mientras esto ocurría, se acortaban las diferencias entre ellas y ellos en el campo del desempleo. Durante décadas, este había afectado más a las mujeres. En los ochenta se precipitó el desempleo masculino, sobre todo entre los jefes de hogar.

La salida a trabajar de las mujeres casadas, con cargas de familia, ha significado un cambio revolucionario. De una fuerza de trabajo formada predominantemente por hijas trabajadoras (como fue hasta los sesenta) viramos a otra formada por hijas y madres trabajadoras. Efectivamente, hasta los sesenta, la mayoría de las mujeres que salían a trabajar lo hacían de jóvenes, antes de casarse o de tener su primer hijo. Luego dejaban de trabajar para dedicarse a la casa y los hijos, porque sus maridos consideraban que era parte de su hombría ser el sustento de su familia. Los varones, en cambio, no tenían elección. Ingresaban al mercado de trabajo y allí se quedaban, ocupados o buscando trabajo, hasta su retiro o su muerte. Casarse, tener hijos, pocos o muchos, que el menor ingresara a la escuela, no afectaba su relación estable con el mercado de trabajo. Para ellas, en cambio, las entradas y salidas del mercado de trabajo estaba íntimamente ligadas a esos cambios vitales.

Actualmente las mujeres, entran y permanecen en el mercado de trabajo -sea como ocupadas o buscando trabajo-, igual que los varones, cualquiera sea su situación familiar. Lo mismo da que formen o no una pareja, tengan o no hijos, y si los tienen, sean bebés, niños o adolescentes. Pero hay una gran diferencia con los varones. Las mujeres no abandonaron su jornada de amas de casa, por lo tanto se convirtieron en agentes de "doble jornada". Y en esto la Argentina no está sola. Sigue el camino que ya han recorrido los países más desarrollados de América y de Europa en los que la trayectoria laboral de las mujeres se ha asimilado a la de los varones. Pero no ha ocurrido lo mismo con la "jornada doméstica" de ellos, pocos y poco es lo que la han incorporado.

La ruptura de la tradición patriarcal del varón productor, único

proveedor del hogar, y de la mujer agente exclusiva de reproducción alteró pautas culturales profundamente arraigadas. En el área metropolitana de Buenos Aires, entre 1980 y 1994, las familias nucleares con hijos en las que el marido "para la olla" y la mujer es "dueña de casa", disminuyeron un 23 por ciento. Simultáneamente, las familias de ese tipo en que ambos cónyuges trabajan crecieron 68 por ciento. A su vez, las familias en las que se produjo una inversión de roles, allí donde pasaron a ocupar la jefatura económica, aumentaron algo más del 20 por ciento. Los efectos sobre las relaciones entre los cónyuges y entre los padres e hijos son enormes. Por razones de espacio no los voy a comentar aquí. Sólo anoto que la posibilidad de las mujeres de obtener y controlar su propio dinero y su independencia, aunque precaria, es un motor de cambios en la distribución del poder conyugal, en la toma de decisiones, en la educación de los hijos y, por supuesto, en la formación y disolución de las familias.

#### LO QUE VENDRA

Desde los ochenta las mujeres han tomado un rumbo del que será difícil que se aparten en las décadas venideras. Las **Madres de Plaza de Mayo** que, sin experiencia política anterior, en 1977 salieron a enfrentar a la dictadura militar, marcan un hito. Su lucha por recuperar a sus hijos desaparecidos y lograr el castigo de los responsables, se convirtió en un símbolo de la amalgama entre el mundo privado y el mundo público. También de la fortaleza y valentía de quienes habían sido tenidas por seres débiles y frágiles por naturaleza.

El marco institucional ya existe. Desde el advenimiento de la democracia se instalaron en el país espacios destinados a las mujeres en el ámbito del Poder Ejecutivo Nacional. En 1984 se creó la Dirección Nacional de Derechos Humanos y de la Mujer. En 1985 la Argentina ratificó la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer que habían votado las Naciones Unidas

unos años antes. Ese mismo año se estableció el ejercicio conjunto de la patria potestad por ambos progenitores. Se modificó el régimen de filiación eliminando toda distinción entre hijos matrimoniales y extra-matrimoniales y de adopción plena. También se otorgó derecho a la pensión del cónyuge en uniones de hecho. En 1987 se creó la Subsecretaría de la Mujer. El mismo año, la reforma del régimen de familia estableció la igualdad de derechos de ambos cónyuges. Entre otros, que disuelto el matrimonio, el hombre y la mujer mantienen los mismos derechos y responsabilidades respecto a los alimentos, vocación hereditaria y patria potestad. En 1992 se creó el Consejo Nacional de la Mujer, encargado de aplicar la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer. En 1993 se reglamentó la ley de cupo femenino, votada en 1991, que establece que las listas de candidatos de los partidos políticos deben incluir un mínimo del 30 por ciento de mujeres para los cargos de representación. La Constitución Argentina, reformada en 1994, reconoció la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer y otorgó al Congreso Nacional facultades para promover las medidas que garanticen la igualdad de oportunidades, de trato y de pleno goce de los derechos.

La Argentina suscribió el Plan de Acción formulado en ocasión de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo que se celebró en El Cairo en 1994. Allí, con la participación de más de 180 países, se estableció una agenda detallada para la igualdad de los géneros, la equidad y la protección de las mujeres en el contexto del desarrollo económico que marcará el rumbo durante los próximos veinte años.

Uno de los capítulos del Plan se titula "Igualdad y equidad entre los sexos y habilitación de la mujer". En él se establece la necesidad de que hombres y mujeres participen e intervengan por igual en la vida productiva y reproductiva, incluida la división de responsabilidades en cuanto a la crianza de los hijos y el mantenimiento del hogar. Para ello propone insistir en la responsabilidad de los hombres respecto de la crianza de los hijos

y los quehaceres domésticos. También, tomar medidas para reducir la carga cotidiana de las responsabilidades domésticas, que en su mayor parte recaen sobre la mujer. Y en una sección dedicada a las "Responsabilidades y participación del hombre", se acordó que los gobiernos deben promover y alentar la participación del hombre y la mujer en pie de igualdad en todas las esferas de la vida familiar y en las responsabilidades domésticas, incluida la planificación de la familia, la crianza de los hijos y las labores domésticas.

En otro capítulo, titulado "La familia, sus funciones, derechos, composición y estructura", se reconoce que el rápido cambio demográfico y socioeconómico ocurrido en el mundo provocó otros tantos en las modalidades de formación de las familias y en la vida familiar. Y se afirma que las ideas tradicionales que rigen la división por sexos de las tareas domésticas y de las demandadas por la participación en la fuerza de trabajo remunerada entre los progenitores, no reflejan las realidades y aspiraciones actuales dado que son cada vez más las mujeres que ocupan empleos remunerados en todo el mundo.

Este es el marco con que la Argentina ingresa en el siglo XXI. Es difícil imaginar que en el futuro próximo las mujeres vuelvan a ser excluidas como tales del mundo público. Hay que esperar en cambio, que sigan conquistando espacios de mayor protagonismo. Su presencia en el mundo del trabajo se acentuará. En parte será la triste consecuencia de la crisis económica y de niveles de desempleo que amenazan acompañarnos por un tiempo prolongado. En parte, será la consecuencia de un cambio de valores que hasta consagraron los libros de lectura con que se educan los futuros miembros adultos de la sociedad. Uno que reconoce que las diferencias entre varones y mujeres no son naturales ni inmutables, como lo muestran las Madres y la Abuelas de Plaza de Mayo, el creciente número de mujeres en el periodismo escrito, radial y televisivo, en el mundo de la justicia, el gobierno, la educación y las empresas.

Pero también se acentuará su protagonismo en el mundo familiar. Las mujeres establecerán relaciones de poder, cooperación y afectos

más igualitarias. Se habrán ganado la equidad a costa de muy duras dobles jornadas de trabajo. Lo que alcanzaron en el mundo público tendrá que ser alcanzado en el del hogar. Esta será una batalla muy dura de librar. Así lo muestran las experiencias de los países más desarrollados.

#### LECTURAS SUGERIDAS

Valdés, T. y E. Gomáriz M. (coord.). **Mujeres latinoamericanas en cifras**, Santiago, Chile: FLACSO e Instituto de la Mujer, Mo. de Asuntos Sociales de España, 1995.

Wainerman, C.H. y R. Barck de Raijman. **Sexismo en los libros de lectura de la escuela primaria**, Buenos Aires: Ediciones del IDES, 1987.

Wainerman, C.H. (comp.). **Vivir en familia**, Buenos Aires: UNICEF/Losada, 1994.

Wainerman, C. y M. Heredia. "Los libros de lectura a las puertas del siglo XXI. Género, trabajo y familia", **Sociedad**, No.9, 1996.

CATALINA WAINERMAN

Socióloga egresada de la Universidad de Buenos Aires, M.A. y Ph.D. en Sociología de la Universidad de Cornell. Es investigadora principal del CONICET con sede en el Centro de Estudios de Población (CENEP). Ha publicado decenas de artículos y varios libros producto de su labor de investigación sobre la participación de las mujeres en el mercado de trabajo. Desde hace años enseña Metodología de la Investigación Social. Dirige el comité de cursos del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).